

DOBLE TRICENTENARIO

1660-1960

San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac

Una medalla. La grabadora, Mme. J. H. Coeffin, ha estado feliz. El esfuerzo de su imaginación y la pericia de su buril han cristalizado en una obra de arte. En el anverso el relieve de San Vicente de Paúl, con su rostro de contornos un tanto vulgares, espolvoreado con una sonrisa de profunda bondad y sutil malicia. El reverso es la floración de sus más ilustres colaboradores que, aun hoy, perpetúan su obra. Arriba los Padres Paúles y abajo, con las amplias tocas que se entrecruzan y recortan, las Hijas de la Caridad con la figura central sobrepuesta y en relieve de Santa Luisa de Marillac.

Doble tricentenario. En París, del 14 al 18 de marzo, se ha celebrado un Congreso Internacional de las Conferencias de San Vicente de Paúl. En la gótica catedral de Notre Dame han estado expuestos, en sus respectivas urnas, los restos de San Vicente y Santa Luisa que, durante su vida, tuvieron comunes ideales, comunes afanes y comunes apostolados.

La fecha conmemorativa ha despertado vivo interés e intensa actividad. Se está rodando una nueva película de Mr. Vincent. Con texto de Daniel Rops y fotografías del célebre Von Matt se publica una Vida ilustrada de San Vicente; las Misiones Lazaristas han lanzado un Calendario Misional con fotos en colores y un número especial sobre el Tricentenario ha presentado la Revista La Medalla Milagrosa. A Pedro Coste le debemos el 15º volumen de la correspondencia y pláticas de San Vicente; al mismo tiempo que M. Frossard está dando la última mano a su obra y el P. Dodin anuncia el volumen de SAN VICENTE DE PAUL Y LA CARIDAD.

Francia, sobre todo, es la patria y el teatro de estas actividades. Por eso Berceau de Saint Vincente, su villa natal; Notre Dame de Buzet, donde celebró su primera Misa y Châtillon sur Chalarome, donde fué Párroco en 1617 y fundó la primera Cofradía de Caridad, han lanzado los primeros programas de la conmemoración.

Al mismo tiempo se organizan peregrinaciones a París donde en la casa Madre de los Paúles reposa el cuerpo de San Vicente en la urna de plata máziza, donación de la diócesis de París, el año 1830.

Por su parte, las Hijas de la Caridad de la Casa Madre, en la Capilla de la Medalla Milagrosa, guardan celosamente los restos de Santa Luisa de Marillac y el corazón de San Vicente.

15 de Marzo de 1660. Nadie adivinaba el secreto de Luisa de Marillac. Apenas comía ni bebía y, a juicio de San Vicente, por diez años vivía del influjo de la gracia santificante. La inflamación repentina del brazo izquierdo con alta temperatura de fiebre que le asaltó el 4 de febrero, presagiaban las primeras escaramuzas de la última batalla. Por eso pidió y recibió los últimos sacramentos. Algún rayo de optimismo brilló durante los días siguientes para, rápidamente, desaparecer ante el diagnóstico definitivo del médico: Gangrena senil.

Tranquilamente se despidió Luisa de sus hijas, que recogieron sus últimas palabras como precioso legado: "Muero con una alta estima de nuestra vocación; viviera cien años y siempre os pediría fidelidad a ella". No perdió la calma de espíritu, a pesar de no tener a su lado a su padre y director, San Vicente. Al recado que le mandó Santa Luisa por una palabra de aliento, respondió el Fundador con un mensajero y el siguiente aviso: "Ud. se va la primera; si Dios quiere y Dios me perdona los pecados, espero nos veremos pronto en el cielo". A los seis meses, el 27 de septiembre, le seguía San Vicente.

En efecto, Luisa murió a los 68 años, el 15 de marzo de 1660; por eso estamos celebrando el Tricentenario de su muerte. Luisa es un satélite de la órbita vicenciana. No fué el único; muchos y brillantes giraron en torno de él. Y las Goussault, Lamoignon, de Herse, Pollañon forman espléndida galaxia. Con todo la más hermosa, la que brilló con luz propia y además reflejó, con más intensa claridad, el espíritu de San Vicente, fue Luisa de Marillac. El la forjó; él le infundió aquel espíritu que, bajo normas sencillas, encierra el espíritu más puro del Evangelio. Amar a Dios con toda el alma; ver sobre todo en los pobres, a los hijos predilectos de Dios y dedicarles toda la energía de alma y cuerpo a su servicio.

En las Caridades que fundó por pueblos y aldeas para el servicio de los pobres, trabajaban muchas jóvenes, prestas a consagrar su vida, como abnegadas samaritanas. Reunidas en comunidad, en compañía de Luisa, iba dando a sus almas normas de perfección, pero enderezadas al servicio del pobre. Delante de todas con su ejemplo iba Luisa y en ella veían realizado el ideal que tan idílicamente describía el Fundador. Es deliciosa la pintura que hace de la aldeana y sus virtudes y confiesa que en ese punto su conocimiento rebasa lo normal; "tanto por experiencia como por nacimiento, siendo como soy hijo de un pobre labrador y habiendo vivido en el campo hasta los quince años". La sencillez, humildad, sobriedad, pureza y obediencia son características de la joven campesina y era Luisa quien viviendo con ellas, recalca las enseñanzas del Fundador en aquellas sabrosas y dialogadas pláticas y las traducía en práctica realidad.

Espíritu fuerte. Una vida consagrada al pobre y en plena actividad callejera, rompía los moldes de la tradición conventual y monástica para convertir la libertad de acción en instrumento de más amplio y eficaz apostolado. Reconociendo el mérito de otras religiosas que, dentro de los muros del convento, desarrollan su fecunda actividad, señalaba a sus hijas, como campo de sus labores los ranchos y cerros, los escondrijos y buhardillas para dar con el pobre enfermo y llevarle el alivio de sus males. Buscar a la oveja como el Buen Pastor; cargarla sobre los hombros como carga preciosa. En esa actitud exteriorizada la falta de influjo ambiental y de recursos característicos de la vida conventual, debía suplirse con la riqueza del espíritu interior. Dios ante todo; Dios en todo y principalmente en el pobre, a través de una viva fe.

Si fuéramos a espigar textos en los escritos vicencianos y directrices de Santa Luisa, el espacio del artículo se pondría a nuestro intento. Nada más que un botón de muestra: "Digo esto con el respeto que se debe a estas grandes almas, a las que estimo muchísimo; pero en cierto sentido puede decirse que tenéis obligación de ser más virtuosas que ellas. La razón es ésta; cuanto más exige Dios de las personas, tanto más perfección ha de tener para llevar a ca-

bo lo que su Providencia les ordena... También en el mundo viven almas santas como si no vivieran en él". Quien, prescindiendo de época y circunstancias, lee estas instrucciones cree percibir el eco de Pío XII dirigiéndose a los miembros de los Institutos seculares.

El arte supremo se cierra en líneas claras y sencillas; la elegancia no se atavía con falsos oropeles y la verdadera santidad no busca poses ni actitudes farisáicas. Le basta su presencia, aun oculta, para difundir su fragancia como la violeta.

El genio práctico del Director revestía estas ideas con expresiones gráficas que una vez oídas no se borran; y, una vez aprendidas, llevan al alma por los senderos de la vida interior a la unión con Dios y por medio de esta unión, a ser, en medio de la acción, auténticos contemplativos.

"Tendrán por casa, les decía, las casas de los enfermos y la residencia de la superiora; por celda, un aposento de alquiler; por capilla, la iglesia parroquial; por claustro, las calles de las ciudades; por clausura, la obediencia, no debiendo ir más que a las casas de los enfermos o a los lugares necesarios para su servicio; por rejas, el temor de Dios; por velo, la santa modestia; por profesión que dé firmeza a su vocación, la confianza permanente en la divina Providencia y por votos, la ofrenda que hacen a Dios de todo lo que son y del servicio que le hacen en la persona de los pobres". Sobre este cuadro tan bello dejaba caer matices primorosos la explicación verbal que lo comentaba.

Fecunda pobreza. "La miseria no sólo destruye el desarrollo corporal. Es un antídoto de todo lo espiritual y opera una destrucción radical de todo aquello por lo que el hombre se siente humano". Así habla Rops. Tiene razón. Para ser hombre es necesario un minimum de confort. Sólo hay una pobreza fecunda; la voluntaria, sostenida por principios sobrenaturales y consagrada al servicio del prójimo. La insistencia de San Vicente y Santa Luisa sobre este punto llama la atención. Sin embargo, esa trayectoria está impuesta por la misma finalidad de la Obra. El amor supremo a la materia es una idolatría. Ese amor trascendente de la materia funde al alma comunicándole sus cualidades. Nada sabe del espíritu; no conoce las emociones del amor; detesta la pobreza que nada puede dar y

sólo exige recibir. El hedonismo sensual, perpetua desembocadura del materialismo, detesta la suciedad del pobre; la invalidez del enfermo; el llanto del triste; la incultura del analfabeto. Para ellos sólo tiene desvío y olvido. Tal vez en la danza filantrópica, se les arrojarán unas migajas, silenciadoras de la conciencia, como puente que salva la diferencia entre los que todo lo tienen y los que nada poseen. ¡Valiente solución cuando las almas siguen tan separadas y en una ribera reina el ideal pagano de la orgía y en otra se lucha entre el estertor de la agonía!

"Servir a nuestros señores los pobres". Como un rayo cruzó por la mente de San Vicente esa frase recogida en las Constituciones de una Orden Hospitalaria de Italia. Ella será la que le señale la verdadera posición ante los pobres y las riquezas. No sólo pobre; sino perfecto pobre. Ni sólo en el espíritu, sino sintiendo sus efectos a diario en la vida.

Ideal vivido. Soñar es fácil; ser héroe en la imaginación es recurso sutil de los cobardes. Ni sueños ni soñadores formaron las primeras filas de las Hijas de la Caridad. Porque el ejemplo de Luisa con otras damas que, dejando su bienestar y ricos haberes, era la primera en ponerse al servicio de los pobres, formó el ambiente de aquellas primeras generaciones que constituyen el molde de las futuras hermanas de la Caridad. Ricos son los anales en anécdotas y con manojos de ellas podría entretejerse un ramillete de Florecillas, rivales de las del Pobre de Asís.

La duquesa de Aiguillon, gran bienhechora de las obras vicentinas, pidió una hija de la Caridad para que le acompañara en su palacio. Las circunstancias pesaban en la balanza de la decisión, por más que la solicitud no encuadrara tan bien en el ideal vicentino. Pero cuando Vicente y Luisa propusieron el plan María Denysse, recibieron una respuesta, delatadora de la profunda asimilación del espíritu de pobreza: "He dejado a mi padre y a mi madre para entregarme al servicio de los pobres y nadie me podrá apartar de mi propósito. Excúseme, si le digo, que no puedo ponerme al servicio de esa señora".

El grato fracaso no les detuvo en su empeño. Llamaron a otra puerta; a la de Bárbara Angiboust. Por la lengua que permanecía muda hablaron las lágrimas que, hilo a hilo, corrían de sus ojos. Con todo fué el mismo San Vicente quien la llevó al palacio de la Duquesa donde en admirable

de la Caridad; hermosa falange de profusión se combinaba el oro con la elegancia. La impresión de aquel fasto tristemente conmovió a la joven, quien llorosa, alcanzó a San Vicente, de vuelta ya a su casa. "Perdone, Padre, le dijo; pero ¿a dónde me envía Ud.? Esto es una corte a la que yo no podré acostumbrarme. Dejé mis padres; y mi herencia son los pobres".

"Una prueba; una prueba corta, le dijo Vicente. Si las lágrimas no se secan, volverá a la Comunidad".

Y las lágrimas siguieron manando en medio del asombro general. Nada le atraía el campo que le señalaba la duquesa para trabajar con los pobres; las facilidades y amplia libertad para ello; las bondades de que era objeto.

"¿Por qué no quieres vivir conmigo?", le preguntó la duquesa.

"Señora, le responde, yo salí de la casa de mi padre para servir a los pobres; pero usted es una gran señora, poderosa y rica. Si Usted fuera pobre, señora, le serviría gustosísima".

Ni era esta respuesta confidencial. Para cuantos, intrigados por el velo de tristeza de su rostro le preguntaban su causa, tenía la misma respuesta: "Si la señora fuera pobre, me entregaría con todo el ardor de mi corazón a su servicio; pero ella es rica".

La determinación a tomar era clara. Al poco tiempo Bárbara se hallaba con sus pobres en San Nicolás. Y esa fué la trayectoria constante de su vida; enfermos, galeotes, niños, madres abandonadas absorbieron su actividad. Mas no por eso rehuyó el trato con las señoras de la aristocracia, con tal de que quisieran servir a los pobres.

Ante la repetición de estos hechos sintió honda emoción San Vicente y refleja su entusiasmo en unas líneas a Santa Luisa. "¿Qué le parece? ¿No se siente arrobada al ver la fuerza del espíritu en estas dos pobres muchachas y el desprecio que, movidas por El, han hecho del mundo y sus grandezas? No se puede imaginar el ánimo y valor que esto me ha dado para promover la Caridad, ni el deseo que tengo de que regrese cuanto antes y con buena salud para trabajar en esta obra con seriedad y en firme".

Ese ideal no ha sufrido eclipse, sino que brilla esplendoroso en las Hijas de la Caridad; hermosa falange de casi 50.000 religiosas (cincuenta mil) que, a través de los siglos, en todos los continentes, con diversos rasgos y variadas actividades, van escribiendo la misma historia, la de la fecunda pobreza: "Servir a nuestros señores los pobres".

VICTOR IRIARTE, S.J.